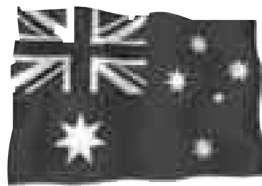
AUSTRALIA



ESPERANZA Y UN FUTURO

3 de octubre

¿Qué puede hacer una escuela en un barrio bajo, a menudo con problemas, para cambiar las vidas de la gente? ¡Mucho!

En 2005 hubo muchos disturbios en un sector de viviendas en Sydney, Australia. Helicópteros sobrevolaron la zona mientras la policía recorría las calles. El vecindario parecía una zona de guerra. En medio de esta región, con una ciudad llena de problemas, se encuentra el Colegio Adventista de Macarthur, una escuela primaria y secundaria que son de Dios.

Un gran número de alumnos proviene de este vecindario conflictivo. Y tres cuartas partes de los estudiantes de la escuela vienen de hogares no adventistas. Algunos padres tienen dos o más trabajos para poder sufragar la colegiatura de sus hijos. Estas personas son atraídas por el espíritu de familia y el amor de Cristo que ven reflejados en el personal y los alumnos. La directora Jill Pearce lo expresa de esta manera: «Nuestro objetivo es dar a los niños una esperanza y un futuro, que sepan que son amados y que pueden tener logros en la vida».

Un sueño es hecho realidad

Durante varios años el personal de la escuela había querido alcanzar a la comunidad de manera más efectiva al plantar una iglesia en el terreno de la escuela. Pero no contaban con suficientes fondos. El personal celebraba reuniones de alabanza los viernes de noche, y alrededor de 40 jóvenes asistían cada semana.

—¿Cuándo van a construir una iglesia? —preguntaban los alumnos, ya que la iglesia adventista más cercana quedaba demasiado lejos para que los niños asistieran.

Entonces unos jóvenes adventistas llegaron al vecindario de Macarthur para desarrollar algunas actividades durante varias semanas en la comunidad, reflejar la imagen de Cristo y suplir las necesidades básicas de la gente. Cuando las familias notaron el trabajo del grupo empezaron a hacerles preguntas acerca de Dios. Fue así como, la necesidad de tener una iglesia, se hizo prioritaria y urgente.

El capellán André dirijía los cultos de adoración los sábados en el salón donde tenían el laboratorio de ciencias, hasta que alguien donó a la escuela un salón de clases prefabricado, el cual se convirtió en iglesia. Cerca de 100 adultos y niños adoraban juntos allí. La mayoría eran estudiantes con sus familias.

Una diferencia de carácter eterno

¿Qué diferencia hace esta escuela en la vida de sus alumnos?

Jaime escuchó hablar de la Escuela Macarthur cuando un amigo lo invitó a asistir al programa del viernes de noche.

—¡Me sorprendí al ver cómo podían pasar un rato tan ameno mientras adoraban! —dijo Jaime.

Estaba teniendo problemas con unos matones de su escuela y quería cambiarse a otra. Entonces pidió a sus padres que le permitieran inscribirse en Macarthur. Ellos sabían que no podrían pagar la colegiatura,

pero hablaron con el director y llegaron a un acuerdo.

—No hay matones en esta escuela —dice Jaime—. Somos una familia; es un buen lugar, un lugar seguro.

Ashleigh es amiga de Jaime. Ella también estaba teniendo problemas en su escuela. La madre de Jaime habló con la mamá de Ashleigh acerca de la nueva escuela, y hace poco la niña también se trasladó a esta escuela.

—Tenía amistades que no eran buenos ejemplos para mí, y me estaba desviando por el camino equivocado —nos dice—. Mi madre me pidió que considerara la posibilidad de estudiar en la escuela Macarthur. Fui a conocerla y, sin pensarlo dos veces, me inscribí allí. He cambiado mucho desde que llegué a mi nueva escuela. He aprendido a amar a Jesús y a orar.

«Mi madre maneja un autobús escolar y trabaja en la cafetería para apoyar a la escuela. Antes de venir a esta institución nunca había asistido a una iglesia. Ahora me encanta hacerlo».

Susana descubrió la escuela Macarthur cuando estaba por inscribir a sus hijos en otra escuela privada.

—Estoy contenta de que mis hijos estén aquí, donde no son expuestos a algunos de los problemas de conducta que los hijos de mis vecinos deben enfrentar todos los días.

Cuando sus hijos le pidieron permiso para asistir a la escuela los sábados, ella los llevaba personalmente. Estaban tan emocionados con la iglesia que ella decidió ver qué era lo que estaba pasando en ese lugar. Llegó cuando estaban en un culto de adoración, desde entonces siguió asistiendo.

—Lo que encuentro en la iglesia me ayuda en mi peregrinar espiritual —nos dice.

«Estoy contenta porque mis hijos y yo asistimos a la iglesia juntos. Nos encanta, y necesito su apoyo, algo que no recibiría en ningún otro lugar». El capellán comenta que Susana trae personas a la iglesia con ella, las cuales no tienen un trasfondo cristiano. Una amiga suya comenzó a llegar después del culto solo para conversar. Después comenzó a llegar para la hora de la comida. Con el tiempo, llegaba a las 11:00, y ahora llega temprano para ayudar a servir la comida.

Impacto misionero

El año pasado la escuela llevó a varios alumnos a Papúa Nueva Guinea para trabajar en una aldea. Aunque todos ellos vienen de hogares sencillos, pudieron ver una extrema pobreza en esa aldea y regresaron con el deseo de volver para ayudar aún más. Tres de los estudiantes quieren regresar a Papúa Nueva Ginea después de graduar para enseñar y trabajar en el hospital local, y otro grupo tiene planes de ir el año siguiente para ayudar a construir una escuela secundaria adventista.

Las escuelas adventistas alrededor del mundo son, en verdad, verdaderos centros misioneros, donde se enseñan valores cristianos sólidos y se siembran semillas de fe en los niños que perdurarán por el resto de sus vidas. Sus ofrendas misioneras de cada semana apoyan a estas escuelas y ayudan a dar esperanza y un futuro prometedor a miles en todo el mundo.